

Kruschev, ¿vencido o vencedor?

Una semana le costó a Kruschev en 1953, desplazar a Malenkov de Primer Secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética, de seguidas a la muerte de Stalin. Menos de cuatro años el derrotarlo definitivamente junto con sus compañeros Kaganovich y Molotov (junio de 1957). Sólo un año más obtener la victoria definitiva al lograr el nombramiento de Presidente del Consejo de Ministros, sin tener que abandonar su puesto de Primer Secretario del Partido.

En menos de cinco años derrotó a su rival Malenkov, al Primer Ministro Bulganín, a su maestro y protector Kaganovich, al estadista Molotov, y al militar que salvara a Rusia de los nazis, Mariscal Zhukov. Toda esta exitosa ascensión al poder se acaba de venir abajo en una conspiración de tres días. "Así pasa la gloria de este mundo", sería la reflexión religiosa, pronunciando una vez más la frase bíblica. Pero en la caída de Kruschev hay mucho más que la caída de un hombre desde las alturas del poder absoluto en uno de los países más poderosos del globo.

"No es la personalidad del tirano lo que cuenta, sino la esencia de la tiranía. El tirano puede ser inteligente o estúpido, bueno o malo. En ambos casos es omnipotente", decía el escritor francés Stendhall, allá en el siglo pasado. Kruschev subió al poder para derrotar precisamente la idea contraria: no era la tiranía sino las características de la persona del tirano "lo que contaba"; no era el sistema lo que había dado origen a la tiranía, sino el carácter maligno de Stalin y el culto hacia su personalidad.

Sin pelos en la lengua, se expresó Kruschev en su famoso "discurso secreto" de 1957, en esta diagnosis del problema del poder en el estado soviético. Antes del XVII Congreso del Partido en 1934, decía, "Stalin aún tenía en cuenta la opinión colectiva" pero después de 1934, "Stalin se había elevado a sí mismo tan por encima del partido y la nación, que cesó de tener en cuenta tanto al comité central como al Partido". Así pudo asesinar decenas de millares de inocentes, sin que la "colectividad" detuviera esa tiranía. A la "colectividad" se le había encguecido por el culto a la personalidad de Stalin. Beria le había llamado "el ingenio más grande del linaje humano" (Pravda, 22 de febrero de 1937), coreando a los bolcheviques moscovitas que lo calificaron de "Ingenio Supremo del Linaje Humano" (Pravda, 1 de noviembre de 1936).

"El culto a la personalidad adquirió tan monstruosa magnitud debido principalmente a Stalin, quien empleó todos los medios concebibles para obtener la glorificación de su propia persona", rubricaba Kruschev una vez en 1957. Stalin, no el sistema leninista, era responsable de la tiranía. El comunismo debía liberalizarse en su funcionamiento interno; la dictadura brutal no tenía que ser sinónimo del régimen; la centralización económica impuesta por la fuerza debía ceder su puesto a una economía descentralizada donde actuaran los intereses de lucro y las leyes del mercado; la industria pesada y militar no debían desarrollarse sobre el sacrificio del bienestar del pueblo.

Nikita Kruschev, el hijo de campesinos, antiguo pastor y cerrajero, es un hombre sencillo y pragmático, que ante todo quiere resultados. Con suma agudeza e innata energía y con no menor cinismo, se adapta a la realidad para obtener las metas finales. Se burla de los "teóricos y gusanos de biblioteca que se sabían de memoria citas de Marx, Lenin y Stalin", que se oponían a las nuevas perspectivas adonde quería conducir a Rusia. (1957).

Ataca a sus opositores a quienes "su lengua se resistía a llamar camaradas... aunque habían permanecido siendo miembros del partido" que no podía menos de ser calificados de "despreciable grupo de divisionistas y disidentes" (1958). Con pulso firme lleva adelante una política exterior que pone a Rusia y su bienestar por encima de meras teorías. Al capitalismo hay que "enterrarlo", pero los fenómenos nuevos de la situación internacional entre los que destacan las armas nucleares, imponen la "coexistencia pacífica". La lucha contra el imperialismo debe seguir teniendo a Lenin, "como la estrella guía de nuestra teoría y nuestra práctica", insistirá Kruschev hablándole al pueblo ruso; pe-

ro sería absurdo no replantear el problema en la nueva situación. "No debemos repetir, sin tener en cuenta el lugar o ambientes concretos, sin considerar el cambio que se ha efectuado en la correlación de las fuerzas del mundo, lo que el gran Lenin dijo en unas condiciones históricas complementarias distintas. Si Lenin pudiese levantarse de su tumba, cogería tal tipo de gente por las orejas, como se dice, y les enseñaría a comprender la esencia del asunto" (Pravda, 22, junio 1960).

La lucha de Kruschev para traer su nueva versión del leninismo, para lograr fuera aceptado por el partido comunista una realización comunista que hermanara los dogmas del marxismo-leninismo rígidos y envejecidos con las necesidades de una Rusia nueva, industrializada y técnica en las horas de la coyuntura atómica internacional, ha fracasado. Al menos por el momento se ha producido un corte. Los nuevos jefes de Moscú, Brezhnev y Kosygin, han asegurado que la política soviética no sufrirá cambio alguno bajo su dirección. Pero queda por ver el rumbo que den al curso de la historia soviética.

Lo que sí es evidente, según parece, es que Kruschev fue derrotado por las fuerzas conjuntas que dentro y fuera de Rusia se oponían a la política nueva, personal y más pragmática de Kruschev. Símbolo y resumen de la conjunción de las fuerzas internas y externas que se conjuraron contra Kruschev, lo encontramos quizás, en el reciente informe del Partido Comunista Soviético a todos los partidos comunistas del mundo (12, febrero, 1964). Ataque frontal contra la orientación comunista del partido comunista chino, y eliminación brutal con expulsión del seno mismo del partido de Malenkov, Molotov y Kaganovich. Los líderes del "grupo secesionista", vinculados al desviacionismo chino eran los culpables. El informe Suslov era implacable al acusar al trío de disidentes stalinistas como responsables de la persecución de inocentes durante las purgas de Stalin. Vinculando a los chinos con Malenkov y compañía, hacia la gran pregunta: "¿Es acaso para restaurar estas prácticas inhumanas que muestran tan gran preocupación los comunistas chinos? ¿No es por esto que ellos muestran tanta simpatía por esta gente que ha debido ser expulsada del Partido?" (El informe Suslov no fue publicado en Pravda hasta el 3 de abril de 1964).

A la caída de Kruschev la gran pregunta, todavía sin respuesta, no puede ser sino exigir se nos diga quién es el vencedor. Si los vencedores son el eje Malenkov-Mao Tsetung, la derrota de Kruschev es total y los grandes perdedores serán Rusia y el mundo. Si Kruschev solamente ha cedido el paso a gentes más jóvenes, más técnicas que se atreven a esperar que en sus manos las tensiones internas del comunismo dentro y fuera de Rusia, pueden orientarse mejor, Kruschev habría sido el gran vencedor. Solamente habría cedido el paso a los tecnócratas de la Rusia moderna. Al caer a los 70 años el hijo de campesinos que no pudo ser universitario, pasa su bandera a dos ingenieros más jóvenes.

Europa ¿a la francesa o a la alemana?

Raras veces se ha aceptado un "plan" con tan poca animación como la proposición para la unión política de Europa, presentada por el Gobierno federal de Alemania a los miembros de la Comunidad, y que pertenece a los puntos de los cuales se ocupan actualmente y se seguirán ocupando distintas asambleas políticas. Y el caso es que, dada la situación actual, nadie pretende ni puede dudar cuán deseado y valioso sería un nuevo impulso en la cuestión europea. Pero ¿es posible dar ese impulso decisivo esforzándose por crear nuevas instituciones en los diferentes sectores mientras que la diversidad de opiniones por lo que se refiere al papel que Europa debe jugar en el mundo parece alcanzar a veces proporciones dramáticas?

La propuesta alemana, surgida con motivo de un acuerdo entre Bonn y París, según la cual, y después de haber fracasado los proyectos anteriores, la República Federal debía intentar la designación de un denominador común, tiene sus raíces en el primero y en el segundo Plan Fouchet, presentados por parte francesa

en 1961-1962, para una reunión europea. El segundo suponía una variación frente al primero en el camino hacia "Europa de las Patrias". Por lo menos en un punto debería resultar más fácil que antes el llegar a un acuerdo: El ingreso de Inglaterra —país al que, al igual que a otros Estados europeos, hay que seguir manteniendo abiertas las puertas— no está al orden del día, puesto que, sea cual fuere el futuro desenlace, el nuevo Gobierno británico no quiere saber nada de lo que se refiera a un posible ingreso. En la propuesta alemana se mantiene lo que también parecía asegurado en el segundo Plan Fouchet —en contra con la opinión inicial de Francia— y que entonces también fue aceptado por París: a saber, que se garantice la independencia política "supranacional" del sector económico y no se supedite a una determinada organización de cada uno de los Estados soberanos. Por lo tanto, la Comisión de Bruselas podría conservar las posibilidades de su función, que, de acuerdo con la concepción inicial, debía ir extendiéndose de una parte de la economía a su totalidad. Partiendo de este punto, la realidad europea podría seguir convirtiéndose en realidad.

Cuando en el "plan" alemán se habla de la unión económica y su intensificación en el campo de la armonización de los sistemas sobre impuestos, se advierte la bien pensada diferenciación entre la unión política y la CEE. Pero de un valor decisivo es la opinión de que se cree un "Comité Consultivo" cuyos miembros deberían ser designados por los respectivos Gobiernos pero no estarían sujetos a instrucciones, sino que defenderían el "interés general". Este gremio, decisivo para la primera fase ya prevista, daría lugar a que surgiese el verdadero plan de unificación. Se trata de un compromiso difícil, pero es como una especie de llave para el plan presentado por Alemania. Además pone de manifiesto el difícil momento en que se encuentra esta nación.

En vista de estas circunstancias, ¿tiene sentido que ministros, funcionarios y expertos de los diferentes países se ocupen intensivamente con el esquema de este plan que actualmente ha quedado un tanto aparte frente a las cuestiones apremiantes en las relaciones franco-alemanas? A esta pregunta hay que responder afirmativamente y desear que, a pesar de la fría cogida inicial por parte de los otros países de la Comunidad, pueda llegarse a un diálogo intensivo. El campo de acción que ofrece la reserva en cuanto a las diferencias franco-alemanas, que se reflejó el martes 10 de noviembre en Bruselas, debería ser aprovechado, puesto que el diálogo sobre la unión política en la forma en que fue esbozada en los Planes Fouchet y recientemente, nos hace reflexionar de nuevo acerca de lo que representa lo conseguido hasta la fecha.

En la declaración hecha la 2ª semana de noviembre por el ministro francés de Asuntos Exteriores ante la Asamblea Nacional —declaración cuidadosamente formulada—, que puede considerarse en el momento actual como la base de la política francesa, se encuentra, haciendo referencia al Mercado Común, la siguiente advertencia: "Pues ahora se trata aquí de la única realidad europea". El desarrollo en Francia de una idea propia sobre Europa distinta a la alemana se ha encaminado hasta ahora cooperando en esta constitución, que parece acoplarse mejor a la idea alemana que a la francesa sobre Europa, pero apreciando también las evidentes ventajas que ha proporcionado a Francia. Tampoco se debe simplificar demasiado la idea francesa sobre Europa.

La "única realidad europea".—Constantemente se vuelve a lo que con las Comunidades se ha convertido en "única realidad europea". Nadie puede seguir poniéndolo en juego sin perjudicar no sólo a los otros países miembros sino así mismos. Si esta Comunidad se deshace, se habrá desaprovechado la oportunidad, y está de más el discutir acerca de cómo puede asegurarse Europa como unidad independiente entre el coloso americano y el soviético. ¿Depende en verdad la posibilidad de no jugar el papel de satélite americano de que Europa tome el rumbo hacia una propia potencia atómica cuyo centro lo ofrezca la Force de frappe francesa? ¿Puede una construcción como la MLF —que sería imaginable en diversas formas— tapar el

hueco y dar lugar a una unión con la mayor potencia atómica adaptable al impulso de independencia europea? ¿Qué otra construcción sería imaginable? ¿Cómo puede esa Europa y, sobre todo, el país más expuesto, Alemania, encontrar su seguridad en la perfilada distensión política mundial bajo el signo del desarrollo atómico?

Adenauer, en París

Táctica confusionista de De Gaulle—Desenmarañar la intrincada red de las relaciones franco-alemanas, despejar toda posible duda del uno sobre los buenos propósitos del otro y disipar el recelo mutuo, sólo podrá lograrse discerniendo lo esencial del ambiente, tanto aquí como allá, en la mayor medida posible. El aspecto anímico no ha de sobreponerse a los hechos; las realidades deben tratarse en el espíritu de amistad y consulta recíproca. Y aunque la política es obra de hombres, éstos deberían pasar —tanto como lo permitiesen los hechos— al plano trasero. Pero ello resulta viable sólo hasta un cierto límite para hombres como De Gaulle y Adenauer, puesto que ellos ponen en juego las cartas personales, precisamente con ellas se proponían restituir la armonía entre los Gobiernos vecinos. El momento honroso bajo la cúpula del Institut de France se había acordado cuando las discrepancias aún no estaban tan ahondadas: ahora, por el contrario, pudo incluso la festividad caer en la penumbra.

¿Amistad o dependencia?—La estancia de Adenauer en París ha demostrado que De Gaulle quiere la reconciliación franco-alemana, y también es partidario del aspecto solemne de esa política. Pero todavía hay más facetas de la amistad. ¿Qué intenciones abriga De Gaulle, tanto en general como en particular, en la disputa sobre el precio de los cereales y el Poder Atómico Multilateral (MLF)? En ambos casos se trata, bajo el lema "Europa", de afirmar la necesidad de guiar a la República Federal por vías determinadas. Bonn ha quedado a la zaga en el asunto de los cereales; el MLF suscita un interrogante: ¿equivale la amistad a la dependencia? Los métodos empleados por De Gaulle en ambas ocasiones han sido fuertes; claramente se oyeron las amenazas.

Evidentemente, De Gaulle ha desplegado en sus amenazas una táctica confusionista, con ayuda de sus ministros; la diferencia de matices entre los voceros pudo palpase. Ya era conocida la tendencia del General a dejar entornadas las esperanzas; no obstante, las maniobras fueron tan sutiles esta vez que Le Monde acuñó recientemente un nuevo concepto, la Elyséologie, o ciencia interpretativa de las afirmaciones procedentes del palacio presidencial. Adenauer se vio entonces obligado a emprender la tarea de llegar al fondo de las cosas, sin que hasta ahora se pueda hablar de resultados definitivos. Sería extraño que De Gaulle descubriera ahora en Adenauer un hombre que de repente ya no considera de vital importancia el enlace de la República Federal con los EE. UU. Adenauer ha firmado con De Gaulle el acuerdo de consultación en un momento en que la participación de Bonn en el MLF ya estaba decidida. Antes no existía la menor perspectiva de una MLF bilateral entre Bonn y Washington.

He aquí un punto de atracción. La sugerencia ligera y desafortunada de Erhard de que tal bilateralidad era perfectamente posible, al menos en el primer contrato de la MLF, ha reafirmado a De Gaulle en su renuencia de que el Gabinete de Erhard podría descuidar la amistad franco-alemana. Esto dió pie a De Gaulle para reconsiderar su actitud frente a la participación de Bonn en la MLF, lo cual ocasionó la suposición de que De Gaulle quizá esté especulando sobre el reemplazo de Erhard. Luego se sumaron también las andanadas a diestro y siniestro en la CDU y la CSU, y estalló la guerra de entrevistas. Además, el Ministro del Exterior Schröder consolidó la opinión, muy extendida entre los franceses de que mantiene una actitud fría con relación a Francia, recomendando a Adenauer en su entrevista con él que no cediese mucho en las conversaciones en París. También De Gaulle sabe, en fin de cuentas, que el Presidente del Partido no tiene que marcar las pautas de la política federal.